



Modelo evolutivo para el análisis de la pareja en la perspectiva relacional¹

Pere Llovet Planas²

*Especialista en Psicología Clínica y Psicoterapeuta Psicoanalista.
Supervisor de la Diputación de Barcelona*

Este artículo desarrolla un modelo evolutivo para comprensión las problemáticas de la pareja incorporando algunos conceptos clásicos psicoanalíticos dentro de la perspectiva del Psicoanálisis Relacional. Esta perspectiva concibe la pareja como una construcción intersubjetiva de sus miembros, por lo que, a diferencia del paradigma de "la mente aislada" que remite estas problemáticas a las patologías individuales, las remite al contexto relacional con independencia de que el tratamiento sea individual o conjunto. Por su carácter evolutivo, el modelo interpreta las problemáticas de pareja como progresiones y regresiones dentro de un continuo de tres estadios básicos: estado de necesidad, enamoramiento y amor integrado, cada uno con sus dinámicos característicos, y se enmarca en una concepción general de la pareja como un objeto del *Self* cuya evolución está determinada por la conexión emocional de la pareja y la tensión esencial entre el Apego y el Erotismo. El trabajo incluye fragmentos clínicos de R. Velasco, M. Slavin y del autor, ilustrativos de los estadios de la evolución. El artículo finaliza desarrollando una analogía entre el ciclo de la pareja y el ciclo natural del agua, cuyos elementos simbólicos proporcionan otros niveles de comprensión.

Palabras clave: Estadios evolutivos de pareja, Objeto del Self, Conexión emocional, Construcción Intersubjetiva, Reacción Circular, Apego y Eros, Simbolismo del ciclo del agua

This article develops an evolutionary model for the understanding of the problems of the couple incorporating classical psychoanalytic concepts within the perspective of relational psychoanalysis. This perspective conceives the couple as an intersubjective construction of its members, so, unlike the paradigm of "isolated mind" referring these issues to individual pathologies, this approach refers them to the relational context, whether they are treated individually or jointly. Because of its evolutive nature, the model interprets the couple's problematics as progressions and regressions within a continuum of three basic stages: necessity, falling in love and integrated love, each with its characteristic dynamic, and fits in a general conception of the couple as a selfobject whose evolution is determined by the emotional connection of its members and the essential tension between attachment and eroticism. The work includes clinical fragments of R. Velasco, M. Slavin and the author illustrating evolution's stages. The paper concludes by developing an analogy between the cycle of the couple and the natural cycle of water, which symbolic elements provide other levels of understanding.

Key Words: Couple's Evolution stages, Self Object, Emotional Connection, Intersubjective construction, Circular reaction, Attachment and Eros, Water cycle's Symbolism.

English Title: Developmental model for the Couple's analysis from the Relational perspective

Cita bibliográfica / Reference citation:

Llovet Planas, P. (2012). Modelo evolutivo para el análisis de la pareja en la perspectiva relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 6 (1). 64-81. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

Introducción

Este estudio tiene como finalidad desarrollar un modelo comprensivo de las problemáticas de pareja situándolas en un continuo evolutivo que se inicia con la necesidad que sienten sus futuros miembros de formarla hasta que ésta deviene su contexto relacional principal y la base para el desarrollo de sus ciclos vitales. Distinguimos tres estadios evolutivos, cada uno con un funcionamiento característico que, como es propio de los modelos evolutivos, no son compartimentos estancos, sino modos de funcionamiento general que explican las problemáticas de pareja como progresiones y regresiones en un continuo.

La perspectiva que adoptamos es la del Psicoanálisis Relacional y de la Intersubjetividad, distinto de los modelos llamados “de la mente aislada” (Coderch, 2010).

Uno de los puntos que discutimos es si los conflictos de las parejas responden a las patologías individuales de sus miembros. Como observan Gurman y Fraenkel (2002), las problemáticas de pareja ocupan un lugar preeminente, tanto en consultas y tratamientos individuales de adultos como en otras, y han sido, y frecuentemente son aún, tratadas como manifestaciones de conflictos intrapsíquicos subyacentes o latentes. Como veremos, la perspectiva relacional e intersubjetiva muestra que, por el contrario, estas problemáticas responden a la lógica de lo que ocurre y se construye conjuntamente entre sus miembros. Algunos de los conceptos de esta perspectiva, como el de “Conocimiento Relacional Implícito” (CRI) y otros que veremos, configuran una visión constructivista de las relaciones según la cual, éstas no vienen predeterminadas por lo intrapsíquico sino que, sin negar su influencia, se estructuran de manera interactiva influyendo a su vez sobre lo intrapsíquico. Como argumentan más extensamente Stolorow y Atwood (1992), la subjetividad es indisoluble del contexto relacional en el que se forma.

No obstante, dado que el objetivo de este estudio no es la confrontación de ambas perspectivas o la profundización en sus diferencias, sino la comprensión de la evolución de la pareja, incorporamos algunos conceptos psicoanalíticos clásicos que han sido elaborados dentro del paradigma intrapsíquico que son valiosos y forman parte del bagaje de la comunidad profesional psicoterapéutica.

A lo largo del estudio ilustramos los estadios de la evolución de la pareja con casos clínicos de Rosa Velasco (2011), Malcom Slavin (2006) y propios (Llovet, 2010, 2011) cuyos relatos originales pueden ser consultados.

Este artículo concluye con una analogía entre el ciclo de la pareja y el ciclo natural del agua que resulta sugerente y encierra simbolismos que, como mostró el Psicoanálisis desde sus inicios, aportan otros niveles de comprensión.

La conexión emocional en la pareja. Definición y algunos conceptos fundamentales.

Tomamos como punto de partida la idea de que la pareja se forma y se mantiene por la

conexión emocional entre sus miembros. Sintetizando lo expuesto por Riera (2010: 37), podemos definir la conexión emocional como la percepción y comprensión de los estados emocionales del otro, una percepción y comprensión que se desarrolla fundamentalmente de manera inconsciente o implícita a pesar de que también se da en el nivel consciente. Este fenómeno es central en el desarrollo humano ya que, por el escaso nivel de autonomía con que nacemos, la supervivencia no es posible sin cierto grado de conexión emocional que asegure las necesidades vitales y la protección.

Una condición previa para que se dé esta conexión emocional es la existencia de un impulso básico de Apego que, dentro de las tradiciones psicoanalíticas, fue postulado primeramente por Bowlby (1951, 1960), diferenciándose de Freud y la corriente psicoanalítica principal para quien el impulso básico era la sexualidad. Bowlby percibió la importancia del Apego por su propia experiencia personal de separación de sus padres (Marrone, 2001:17-43) y por su labor en instituciones de orfandad pero, a pesar de su pertenencia al ámbito psicoanalítico, su argumentación se nutrió de las investigaciones de Konrad Lorenz sobre el *imprinting* y de Jean Piaget (1967) en el ámbito de la Biología, para quienes lo determinante para la supervivencia del individuo y de la especie humana a lo largo de una evolución de millones de años, es el impulso de buscar la protección con respecto a los depredadores y la adaptación de los organismos a las condiciones ambientales.

Este postulado inicial de Bowlby del Apego ha sido ampliamente desarrollado en diversos sentidos que mencionaremos brevemente. Así, las investigaciones experimentales de Lyons - Ruth (2003) a partir de la “situación extraña” ideada por Mary Ainsworth, colaboradora de Bowlby, han mostrado que los niños, después de separaciones momentáneas de sus madres, adaptan sus reacciones a las actitudes de éstas que se constituyen en patrones de relación que adquieren autonomía. Posteriormente, estos patrones, son actuados en las relaciones significativas dando lugar a diversas patologías en las que este origen relacional ha dejado de ser manifiesto.

Otros autores han señalado que la necesidad de apego se mantiene y cumple una función esencial durante toda la vida. Así, Fonagy (2001, 2002) entre otros, ha señalado su función esencial en la regulación afectiva y los procesos de mentalización y la psicopatología derivada de sus déficits. Igualmente, Stolorow y Atwood (1992:70) han desarrollado ampliamente el punto central de la concepción del apego de Bowlby (según Marrone, 2001:20) según la cual la subjetividad se construye siempre en un contexto intersubjetivo y la validación y reconocimiento de los estados emocionales por parte de “otro significativo” es fundamental para que estos se integren en la conciencia mientras que, por el contrario, su invalidación y falta de reconocimiento ejercen presión para que se expulsen de ella.

Estas visiones del desarrollo psíquico a partir de la necesidad de Apego dan una idea mucho más flexible y dinámica del límite entre lo consciente y lo inconsciente que la que se obtiene a partir de Freud (1915:195) y los modelos intrapsíquicos o de la “mente aislada” y dan un lugar primordial a las relaciones interpersonales y la intersubjetividad. En este sentido, los conceptos de “Implícito” y de “Conocimiento Relacional Implícito” (CRI) elaborados por *Boston Change Process Study Group* (2007) modifican substancialmente las nociones de

Inconsciente y de conflicto intrapsíquico y fundamentan nuevos modos de comprensión y tratamiento como muestran los relatos clínicos de Rosa Velasco (2011), Malcom Slavin (2006) y propios (Llovet, 2010, 2011) que más adelante ilustrarán el modelo evolutivo de la pareja que desarrollamos.

En conjunto, estos conceptos fundamentales dan una visión del desarrollo psíquico y de las patologías centrada ya no en los dinamismos intrapsíquicos, sino en las relaciones interpersonales, que pueden convertirse pues tanto en fuente de bienestar y desarrollo como de malestar y de estancamiento. Como hemos dicho y más adelante ilustraremos clínicamente, las relaciones ejercen una gran determinación sobre lo que contiene la conciencia y lo que puede ser mentalizado o, por el contrario, es expulsado de ella y se manifiesta por otros caminos en forma de síntomas. Dicho de otro modo, la conexión emocional, es decir la percepción y comprensión de los estados emocionales por parte de los “otros significativos”, ejerce una gran influencia sobre percepción y comprensión propia e influye pues también en el funcionamiento intrapsíquico. Así, la perspectiva relacional y su énfasis en la adaptación al contexto, no implican un ambientalismo excluyente, en el que se niegue o se minimice el mundo interior individual, o una adaptación pasiva, en la que se niegue el poder de la iniciativa del individuo. Bien al contrario, muestra el círculo de influencia mutua entre ambas esferas y el efecto terapéutico de esta toma de conciencia en los pacientes, tanto si son tratados individualmente como conjuntamente con sus parejas.

Un modelo evolutivo de la pareja. La intersubjetividad. La tensión entre el Apego y el Eros.

Los terapeutas, incluso los más experimentados, acostumbran a considerar que la intervención en problemáticas de pareja es extremadamente compleja y difícil, incluso más que la intervención en problemáticas de familia. Coincidimos sin duda con esta apreciación y con muchos de los argumentos habitualmente invocados para explicar esta dificultad. Sin embargo, la perspectiva relacional conduce a una comprensión teórica y a una práctica enteramente distinta sobre estas problemáticas, tanto si se manifiestan y son tratadas individualmente como con ambos miembros de la pareja.

Desde esta perspectiva, si bien la elección técnica entre un tratamiento individual o conjunto no es banal, tampoco es determinante ya que no se concibe al otro de la pareja como una pantalla sobre la que el paciente proyecta su mundo y sus conflictos internos, sino como un agente activo que induce y a su vez es inducido a determinados estados emocionales y sentimientos de sí mismo. Así, el malestar o bienestar que expresan los pacientes con respecto a su relación de pareja no se interpreta en la disyuntiva interno/externo o sino como una interacción circular entre lo interno y lo externo.

En esta perspectiva, la función terapéutica no es tanto mostrar las proyecciones del mundo interno sobre el cónyuge, por bien que esto pueda tener que mostrarse, como señalar el estado de reconocimiento y validación que los individuos hallan y conceden en el espacio de la pareja. Dicho de manera sintética, el papel del terapeuta es el de catalizador de este

campo intersubjetivo.

Las investigaciones de Lyons-Ruth han mostrado la interiorización de patrones relacionales primerizos y la tendencia de los individuos a estructurar sus relaciones posteriores según estos patrones. Sin embargo, la reorganización que tiene lugar en la adolescencia y el establecimiento de relaciones de pareja constituyen una oportunidad en la que estos patrones pueden ser modificados en mayor o menor grado. Mientras el modelo intrapsíquico tiende al determinismo, las bases del modelo relacional que hemos referido, en particular la función biológico adaptativa del Apego a lo largo de toda la vida, y la influencia que los contextos relacionales ejercen sobre lo intrapsíquico (Fonagy, 2001,2002; Stolorow y Atwood, 1992), fundamentan concebir que la relación de pareja constituye una “segunda oportunidad”, en continuidad con la “segunda individuación” que, como señaló Blos (1962), representa la adolescencia.

Como veremos, la relación de pareja se inicia en un contexto intrapsíquico de profundas disociaciones y da lugar a la eclosión de nuevos y poderosos sentimientos de sí mismo. Se convierte así en un campo privilegiado de subjetivación para ambos miembros, una subjetivación que es recíproca e irá evolucionando. Esta evolución está sometida a cuatro condicionantes.

En primer lugar, está condicionada por el carácter más o menos patológico de las disociaciones, ya que algunos de los elementos disociados tenderán a re-emergir y pueden no ser susceptibles de integración por su carácter patológico. En particular, es improbable la integración de elementos narcisistas y psicopáticos, sino es dando lugar a un campo intersubjetivo a su vez necesariamente patológico ya que estos elementos impiden la conexión emocional.

En segundo lugar, estos elementos re-emergentes deberán ser elaborados en este campo intersubjetivo, es decir, sometidos a ciertas modificaciones en las que intervienen ambos miembros. Sin que estos elementos sean francamente patológicos como en el caso anterior, pueden darse incompatibilidades.

En tercer lugar, en la medida en que, como hemos dicho, el Apego, y por lo tanto la pareja, cumple una función adaptativa, deberá ser capaz de evolucionar de acuerdo con los ciclos vitales y favorecer las expansiones de los *Sí mismos* de sus miembros y afrontar las diversas circunstancias que puedan darse. En particular, la procreación comporta transformaciones importantes en las que intervienen factores de distintos órdenes que deben ser, todos ellos y en conjunto, elaborados en este campo intersubjetivo.

Finalmente, la pareja se forma impulsada por las necesidades de Apego y por las que se derivan de la maduración sexual que brevemente llamamos “Eros”, dos polos entre los que existe una tensión esencial y que deben ser integrados de manera continuada a lo largo de la evolución y los ciclos vitales. Las problemáticas de pareja muestran que las dificultades de esta integración pueden conducir a la aniquilación de uno por el otro. Así cabe interpretar las pérdidas de interés sexual, de efectos devastadores para el *self* del otro, especialmente si este interés es dirigido fuera de la pareja, o bien las relaciones absorbentes o de control que

impiden las evoluciones individuales, por mencionar tan sólo algunos ejemplos.

En resumen, la pareja realiza una evolución conjunta a través de las distintas fases vitales en la medida en que cada uno de los miembros mantiene su capacidad de percibir y comprender lo que siente el otro y se siente también percibido y comprendido por el otro. Así tiene lugar el Reconocimiento y la Validación mutua, la pareja deviene un espacio determinante de la subjetivación y cumple su función de pivote de la adaptación entre el mundo interno y el externo.

El estado de necesidad.

El primer estadio de la pareja coincide de manera natural con la adolescencia, presidida por la tensión entre el Eros y el Apego. Así, la eclosión madurativa de la sexualidad adulta cambia substancialmente el sentimiento de sí mismo y comporta una redefinición radical de las relaciones de apego hasta ahora vinculadas a los padres.

El texto clásico sobre adolescencia de Aberastury y Knobel (1968) describe los procesos de duelo por los objetos infantiles (los padres infantiles, el cuerpo y la identidad infantil) y muestra que el acceso a esta etapa vital implica una importante pérdida de puntos de referencia internos y externos y la consiguiente necesidad de recomposición a través de un proceso largo e incierto. Sin duda, el término “adolescente”, que etimológicamente (“*adolecer*”) nos remite a un estado de carencia, sintetiza muy pertinentemente este estado.

El dinamismo más característico producido por esta alteración del equilibrio anterior es la disociación en varios sentidos: en el eje de lo consciente / inconsciente y lo que es experimentado, en el eje de lo que puede ser comunicado y compartido con las figuras protectoras, pero especialmente, la disociación entre necesidades de apego y los impulsos sexuales. Estas disociaciones y pérdidas dan lugar, respectivamente, a vivencias de fragmentación y aniquilación de las cuales se defiende el adolescente con un repliegue narcisista que configura el “síndrome de la adolescencia normal” descrito por Aberastury y Knobel.

Si bien este repliegue narcisista dificulta algunas relaciones, favorece en cambio otras: aquellas en las que el adolescente se experimenta a sí mismo de una manera más plena y vital, esto es, más defendido de las angustias de fragmentación y aniquilación. Si el desarrollo es suficientemente sano, se privilegian también las nuevas relaciones en las que se experimenta la nueva identidad y estas llegan a convertirse en emocional y vivencialmente significativas y tienden a integrar las necesidades de apego y sexuales. No obstante, las dificultades de esta integración y la novedad de los cambios de la identidad y de los sentimientos de sí mismo, determinan una abundante función reflexiva (FR) y producción de fantasías, entre ellas y muy importantes, las referentes a la pareja. Estas fantasías de apareamiento contienen, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente, incluido el implícito, elementos de identificaciones y contra identificaciones con las imagos parentales y elementos nuevos adquiridos a partir de las relaciones con los iguales y las subculturas

adolescentes en un conjunto necesariamente idealizado.

Es habitual encontrar estas idealizaciones derivadas del estado de necesidad en tratamientos de adolescentes o de adultos con dificultades en las relaciones de pareja que responden a un contexto más amplio de dificultades de integración. Así, en Llovet (2010) describimos el caso de “J”, que llamamos “de angustia relacional”, que oscilaba entre elecciones altamente sexualizadas y nulamente reasegurados y sus contrarios. En ambos casos se sentía invadido por una intensa angustia, ya fuera por la incertidumbre en las relaciones sexualizadas, ya fuera por la dependencia en las relaciones reaseguradoras en las que terminaba sintiéndose infantilizado. Cumpliendo lo señalado por Fonagy (2001 y 2002), la desregulación emocional causada por su intenso déficit de apego le impedía una mentalización de sus sentimientos y atribuía su angustia a causas completamente ajenas no solo a estas relaciones sino a cualquier otra vivencia. Con este intenso estado de necesidad y disociación, “J” recibió tratamientos médicos sintomáticos durante varios años hasta que un trabajo psicoterapéutico focalizado en la observación de sus necesidades de apego y sus patrones relacionales (CRI) le puso en el camino de elegir y conducir sus relaciones más de acuerdo con estas necesidades y poder integrar en ellas sus impulsos eróticos.

El caso “Ferran” de Velasco (2011) muestra también las dificultades relacionales y de mentalización derivadas de un intenso estado de necesidad de apego. En este caso, el paciente mantenía una relación con una mujer mayor en la que el Eros y el Apego, pese a dirigirse hacia la misma persona, se mantenían completamente separados, como si se tratara de dos personas distintas. Aunque volveremos más adelante sobre este caso, cabe señalar que la evolución hacia la integración de ambas tendencias fue posible gracias al establecimiento de un tratamiento intensivo y de largo plazo en el que experimentó una gran seguridad intersubjetiva, es decir un decisivo reconocimiento y validación de sus sentimientos por parte del otro, en este caso, la terapeuta. Como subrayan Lyons – Ruth (2011) y Ávila (2011) en el análisis de este proceso terapéutico, no son las intervenciones de estilo clásico, no directivo e interpretativo las que promovieron el cambio sino, bien al contrario, las intervenciones activas en las que Ferran percibe que haya trabajando conjuntamente con una persona real que se esfuerza por percibir y comprender sus estados emocionales. Así, las comunicaciones de la terapeuta, siempre abiertas al contraste y a un diálogo “natural” van construyendo un espacio compartido en el que Ferran va descubriendo paulatinamente facetas de sí mismo y su manera de relacionarse.

En ninguno de ambos casos puede considerarse que las relaciones en las que estaban involucrados estos pacientes, dominadas por un estado de necesidad, pudieran ser consideradas “enamoramientos”. De hecho los propios pacientes no lo consideraban así y “J” era explícito llamándoles “ilusiones”, esto es, creencias basadas sus propios estados emocionales y necesidades, con una fuerte negligencia de lo interpersonal y de reconocimiento del estado emocional del otro. Expresándolo en términos de una de las más antiguos conceptualizaciones psicoanalíticas sobre las elecciones de pareja (Freud, 1914), “J” comprendió que su profundo estado de necesidad comportaba un funcionamiento narcisista

y una ignorancia de la realidad del otro en la que resultaba improbable que pudiera progresar una relación enriquecedora y sana.

El enamoramiento y las disociaciones.

En un segundo estadio de formación de la pareja, el fenómeno central es el enamoramiento, sea cual sea su duración o intensidad.

El texto clásico de Klein y Riviere (1955) explica el enamoramiento como una relación en la que se afianzan profundas disociaciones compartidas. Así, la pareja aporta una idealización mutua de las representaciones de sí mismo y facilita la represión de aspectos rechazados y destructivos. La idealización del enamoramiento alivia radicalmente los sentimientos de fragmentación y vaciedad producida por los duelos y renuncias a partes de sí mismo que se identifican con la infancia. Por otra parte, significa una reorganización, ya que fortalece la represión de estos elementos pero permite dirigirlos hacia otro objeto con el cual se experimenta la intimidad, la ternura etc.

En “Sobre la identificación”, Klein (1955) expone el mecanismo de la identificación proyectiva sobre el cual nos detendremos brevemente. Merced a las disociaciones o escisiones defensivas, fragmentos del self y los objetos internos son proyectados sobre objetos externos con los que el sujeto se identifica ya que, en última instancia, son partes de sí mismo. Este es un mecanismo del cual debemos apreciar no tan solo su vertiente patológica, sino también su vertiente sana y necesaria para el desarrollo. En este sentido, en la relación de la madre con el bebé, la primera escinde sus *Sí mismos* y objetos internos más primitivos, frágiles y necesitados y los proyecta en el bebé, con el resultado de identificar en él este estado y relacionarse con él desde el *self* contrario, es decir, con sentimientos de fortaleza y seguridad. En la interacción creada por esta identificación proyectiva, la madre responde a las necesidades del bebé y recibe a su vez una representación de sí misma como un ser fuerte, seguro y lleno de recursos de crecimiento. De manera similar, por identificación proyectiva, en el enamoramiento, el sujeto deposita en el Otro partes de sí mismo que han sido escindidas y reprimidas en el proceso adolescente de duelos y renuncias. Así ocurre con el impulso sexual, sin salida posible en los vínculos familiares, y con las necesidades de apego, que han adquirido un sentido infantil ya que remiten a los vínculos familiares y requieren ser dirigidas a otras personas con las que adquieran un sentido adulto en concordancia con el resto de la personalidad emergente.

M. y E. Balint, dentro del grupo *Family Discussion Bureau* (1962), realizaron un cambio substancial a esta visión aplicando el concepto de “Díada” a la pareja y considerándola una entidad en sí misma que no era reducible a los dinamismos internos de sus componentes. Actualmente, de manera predominante, se concibe la pareja como una entidad propia o “tercero” con sus propias reglas, que es construida intersubjetivamente por sus integrantes y se constituye como un nuevo objeto (*self object*) con el cual se relacionan ambos miembros.

Otros conceptos dentro del campo psicoanalítico que describen también la autonomía que cobra la pareja son los de “pacto narcisista” de Käs (1991), en el cual los integrantes reciben del otro el refuerzo de sus identificaciones aceptadas o idealizadas y sus contra-identificaciones rechazadas o reprimidas. En el mismo sentido Berenstein y Puget (1990) se refieren a la pareja como un “zócalo inconsciente” en la cual los miembros preservan su narcisismo y desarrollan una nueva subjetividad compartida. En todos casos, la pareja es vista como una plataforma sobre la cual los miembros están preservados de elementos rechazados de su identidad y pueden desarrollar su ser adulto con la confianza y la seguridad de no ser atacados en lo más íntimo ya que, como señala Nicolás (2010), la intimidad implica vulnerabilidad.

Retomando este estadio de la pareja desde la perspectiva de la tensión entre Apego y Eros, la condición para el desarrollo y consolidación de este nuevo objeto del *self* o tercero es que pueda reintegrar los elementos escindidos en el proceso de individuación adolescente (Blos, 1962). Así, este nuevo objeto deberá responder a las necesidades de apego, que incluyen aspectos regresivos e infantiles que darán lugar al desarrollo de la intimidad, y responder también a los componentes eróticos adultos, que incluyen aspectos agresivos inherentes al sentimiento de vigorización, la creatividad, la expansión del Self (Kohut, 1971). Si no es así, como muestra muy frecuentemente la clínica de la pareja, los miembros se verán invadidos nuevamente por sentimientos de fragmentación y aniquilación, regresando al estado de necesidad, y tenderán a recomenzar el ciclo con un nuevo objeto que esté libre de estas proyecciones.

Slavin (2006) ilustra con un caso esta tensión entre el apego y el erotismo y sus componentes y efectos respectivos. Tanya, una mujer de 33 años con una intensa vida profesional que comporta viajes y presentaciones en público, sufre una irrefrenable necesidad de flirteo ya que sin éste se siente desvitalizada. Tanya convive con Rob de quien dice que “es la única persona en el mundo en quien puedo tener una confianza básica”. Rob viene presionándola para contraer matrimonio, cosa que ella se representa como “el final de su vida...como su muerte psíquica”. A pesar de que su vida sexual es buena y por otra parte cada nuevo flirteo deja pronto de interesarle, siente esta irrefrenable necesidad y también que el matrimonio implicaría el final de los mismos sin que nada viniera a vitalizarla. En el proceso terapéutico comprenden que, a través del flirteo, Tanya halla el reconocimiento y el sentimiento de “ser interesante” que no obtuvo de su padre, cuya relación perdió al inicio de su adolescencia por separación matrimonial. Así, el flirteo cumple la función de evitar las angustias de fragmentación y aniquilación que fácilmente siente re-emergir y tiene pues un sentido de restauración de un Self frágil que no puede construir una relación que integre seguridad y erotismo. Volveremos más adelante sobre este caso para analizar su evolución al estado siguiente de la pareja.

En un caso propio (Llovet, 2011), la Dra. A nos deriva un paciente que sufre un grave estado depresivo para que evaluemos una posible intervención de pareja ya que su proceso terapéutico se halla estancado y su estado tiende a empeorar por una problemática en esta área.

La pareja se halla esperando su primer bebé y la esposa, no comprendiendo el estado depresivo de su marido, se queja intensamente de ser ignorada por él. Por su parte, él se siente sobre-exigido e hiper-controlado por ella, que le acusa de mantener un flirt, “por lo menos”, por Internet. Este control se extiende a sus horarios, a sus llamadas telefónicas y, según él, está haciendo resurgir las dificultades de relación que sufría de más joven y provocándole una retracción generalizada en todas sus relaciones, incluidas las masculinas. En esta retracción se siente desvitalizado y siente que la demanda explícita de ella de tener relaciones sexuales más frecuentes desvirtúa las iniciativas que él pudiera tener, ya que ella no las interpretaría como “auténticas”. Su conclusión es que la pareja se ha convertido en un espacio asfixiante y sus iniciativas para cambiar este estado son descalificadas.

Resumiendo lo que fuimos sabiendo del caso, ella debió interrumpir su primer noviazgo por la insoportable celotipia que eclosionó y que ella relacionaba con las infidelidades continuadas de su padre. Su madre sufría intensamente por ello y compartía este sufrimiento con sus hijas. Ella, consciente del carácter patológico de esta celotipia, inició un tratamiento que se prolongó hasta que la familia emigró. Cuando posteriormente entabló relación con su actual esposo, uno de los hechos que facilitaron que la relación progresara fue que ella se sentía segura con él, sin ningún atisbo de celotipia. Por su parte, él era hijo único de una pareja con escasísima relación en la que debía dar soporte a su madre y se sentía ignorado por su padre. Él vinculaba esta configuración familiar con las dificultades de relación que tenía y que el carácter muy emocional y vivaz de su esposa le había ayudado a superar hasta el momento.

En la reconstrucción terapéutica de la evolución de esta pareja vimos que el embarazo había afectado el equilibrio de esta pareja, ya que la familia de ella había pasado a ocupar un lugar preeminente y él se había sentido relegado. En una reacción circular, a medida que ella había ido reclamando mayor atención, él se había ido retrayendo más y viceversa. Finalmente, como por azar según su relato en sesiones terapéuticas individuales, ella había retomado contacto por Internet con su antiguo novio, en una relación que la hacía sentirse foco de interés, en contraste con el poco interés que sentía de parte de su marido. Complementariamente, ella frecuentaba un grupo de amigas cuyo tema central de charla eran las infidelidades e, invariablemente, el grupo llegaba a la conclusión de que éstas eran inevitables. Naturalmente, hasta cierto momento del tratamiento, ella no fue consciente de la relación entre sus sospechas de infidelidad virtual de su marido y su propia infidelidad, virtual también, y la realimentación de la celotipia proveniente de su mayor contacto con su familia y su grupo de amigas. Cuando, en el marco terapéutico, percibió la identificación proyectiva que estaba realizando, sintió una gran consternación y un intenso impulso reparatorio que cambió de manera muy rápida la evolución de la pareja y del estado psíquico del marido.

Estos dos casos ilustran las dificultades que puede encontrar la pareja en la fase que sigue al enamoramiento, cuando lo que había sido disociado y sobre lo cual se había establecido el pacto narcisista, vuelve a emerger. En particular, Slavin (2006:808-817), señala la tensión entre el Apego y el Eros y, particularmente, el carácter esencialmente transgresor de éste

por el cual su integración es difícil o bien tiende a ser expulsado de la pareja donde opera destructivamente como una amenaza externa a la seguridad y los pactos narcisistas. Como también ilustran estos casos, esta expulsión del Eros de la pareja vacía a la misma del efecto vitalizante que tuvo en los inicios y limita la expansión y los desarrollos de los *Sí mismos*.

La integración del amor y las expansiones de los *selves*.

En un tercer estadio, la pareja logra integrar y elaborar conjunta y suficientemente estos elementos re-emergentes manteniendo el equilibrio entre el Apego re-asegurador y el Eros creativo y vitalizador. Sin embargo, este logro deberá mantenerse y reactualizarse en la diversidad de situaciones que comportan los ciclos vitales. Cada una de estas situaciones hará re-emergir ciertos elementos disociados o latentes y el carácter de “objeto del self” de la pareja determinará la elaboración de las mismas que harán los miembros, incluso en lo intrapsíquico.

La psicopatología de la pareja muestra que estas emergencias pueden alterar substancialmente los pactos y el equilibrio y requieren su mentalización o intersubjetivación dentro de la pareja, es decir, que “uno sienta esto nuevo que el otro está sintiendo” en grado suficiente para que este elemento emergente sea psíquicamente elaborado dentro de la pareja. Si no es así, por lo menos uno de los miembros de la pareja, sino los dos, sufrirá una desregulación emocional que puede manifestarse a través de diversos síntomas.

Font (1994) ofrece una amplia reinterpretación de la clínica individual clásica desde el ángulo del tratamiento psíquico que de la pareja dispensa a estos elementos perturbadores, o dicho de otro modo, una interpretación de los síntomas individuales en el contexto del conflicto de pareja. Así, los síntomas histeroides responden la disociación de estos emergentes y su manifestación mediante la conversión en somatizaciones, estados de estrés y otros, etc. Este autor remite esos fallos de mentalización en la pareja al fenómeno de la colusión primeramente descrito por Willi (1978) que nos remite a su vez a los ya mencionados “pactos narcisísticos” o “zócalo inconsciente” por los cuales ciertos elementos son mantenidos fuera de la pareja y otros son idealizados convirtiendo a esta en fuente de satisfacción narcisista para sus miembros. Así, la colusión es inherente a los pactos narcisísticos y por tanto está en la base de toda pareja. La cuestión es entonces su carácter patológico: si permite la emergencia y elaboración intersubjetiva (a menudo inconsciente o implícita) de elementos nuevos en este escenario. Remarquemos que estos emergentes son nuevos “en este escenario” porque no son nuevos en las historias individuales, donde fueron disociados.. En última instancia pues, el carácter patológico de la colusión viene dado por su amplitud o estrechez para alojar en su seno las expansiones que requiere el desarrollo vital.

Finalmente, veamos la función de la mentalización y la evolución de la subjetividad, sin la cual los individuos tendrán dificultades para elaborar sus vivencias y sufrirán conflictos que se manifestaran como síntomas. Como sostienen Fonagy y Atwood y Stolorow desde ángulos ligeramente distintos, estos procesos tienen lugar en un contexto relacional que los favorece

o por el contrario los dificulta manteniendo disociados los elementos que requieren ser elaborados. Podemos pues sintetizar que la línea que une los pactos narcisistas con la colusión y la mentalización o la intersubjetividad constituye el “hilo rojo” de la pareja que, según su flexibilidad y amplitud, mantendrá la conexión emocional a lo largo de su evolución.

Retomando los casos vistos anteriormente, Velasco (2011:325) describe la evolución de la capacidad de su paciente de actualizar estos pactos con menor colusión. Así, la relación que mantenía cuando inició el tratamiento se fundamentaba sobre una disociación radical entre el Apego y el Eros a pesar de que ambos se dirigieran a la misma persona. Se trataba pues de una relación muy superficial o un pacto muy reducido, que no amenazaba la seguridad de Ferran, incapaz en los inicios de establecer relaciones de mayor confianza.

El relato del proceso terapéutico muestra que, en una nueva relación, el paciente cuenta sus miedos y recibe a su vez la confesión de los miedos de ella, lo que es un claro ejemplo de reconocimiento y validación en un campo intersubjetivo y el inicio de un pacto narcisístico más amplio, capaz de albergar mayores sectores del Self. Esta relación le llevaría a ser padre, circunstancia que le llevó a afrontar emergencias vinculadas con su propio padre y, nuevamente, pudo elaborar estos temores dentro del tratamiento y también dentro de la pareja. Dicho de otro modo, estos miedos no amenazaban sino que probablemente reforzaban el pacto narcisista que, a su vez, no cerraba la evolución de la pareja sino que la llevaba a una expansión de sus *Sí mismos*. Como precisa Lyons-Ruth (2011) en su análisis de este mismo caso, se produce una “expansión diádica de la conciencia”.

En otro de los casos anteriores (Llovet, 2011), la peri-natalidad alteró substancialmente el equilibrio de la mujer, no solamente en cuanto a las relaciones con su familia y sus amigas sino también en cuanto a sus necesidades de apego. Su mayor demanda no solamente no pudo ser atendida por el marido, sino que desencadenó un estado de estrés y una retracción defensiva que le llevó hasta un estado depresivo grave que, de manera circular, conllevó una re-emergencia de la celotipia de la mujer.

Un mayor conocimiento del caso nos mostró que uno de los elementos fundamentales del pacto narcisista por parte de ella, era una fuerte defensa contra la infidelidad. Por su parte, el hombre provenía de una pareja parental con escasísima relación en la que él se hallaba literalmente “capturado” por una madre depresiva y absorbente e ignorado por su padre, a causa de lo cual tenía dificultades generalizadas de relación. Así, su elemento fundamental de pacto era el mantenimiento de una relación vivaz, de gran confianza y que le ayudara en su expansión relacional.

En este caso se observa la secuencia completa de alteración de los pactos narcisistas, del equilibrio entre Apego y Eros y una falla en el proceso intersubjetivo de mentalización que conduce finalmente a una producción de síntomas psicopatológicos en ambos miembros de la pareja. Tanto en el plano concreto de su relación cotidiana como en los planos imaginario y simbólico, la parentalidad era una gran amenaza ya que hacía emerger en ella la amenaza de la infidelidad y en él, la amenaza de la soledad y el aislamiento. De manera sintética, las emergencias vinculadas a la parentalidad amenazaban los pactos narcisistas en los que se

había basado hasta ahora la relación y colapsaban su capacidad de elaboración intersubjetiva.

El caso anteriormente comentado de Slavin (2006) de flirteo irrefrenable, muestra también el pacto fundamental que, no obstante, contiene una paradoja que impide la evolución: Tanya confiesa que Rob “es la única persona en el mundo en quien puedo tener una confianza básica”, a pesar de lo cual se representa su matrimonio con él como una muerte psíquica. Esta paradoja se explica por la pérdida de relación de la paciente con su padre al principio de la adolescencia. Slavin contempla la vertiente edípica del caso, por la cual la paciente reencuentra en Rob a este padre distante con el cual no puede integrar su sexualidad, y la vertiente intrapsíquica, por la cual Tanya repite y “actúa” la pérdida que sufrió. No obstante, desarrolla el análisis del caso desde el punto de vista relacional y de la tensión Apego – Eros en el que interpreta este bloqueo desde la necesidad que tiene la paciente de asegurarse el mantenimiento de su Eros, y la consecuente restauración continuada de su Self, dentro de esta relación.

Como en los casos anteriores, la construcción intersubjetiva terapéutica permite la integración de estos elementos en la relación de pareja y la evolución expansiva de la misma.

Conclusión sobre la evolución de la pareja

En conclusión, hemos visto que las regresiones y avances de las relaciones de pareja comentadas pueden ser situadas en un continuo evolutivo de tres estadios que se caracterizan por distintos grados de elaboración intersubjetiva (dentro de la pareja y dentro del tratamiento psicoterapéutico) de las disociaciones y la tensión entre el Apego y el Eros.

En el primer estadio, la organización psíquica propia de la adolescencia, con profundas disociaciones que conllevan sentimientos de fragmentación y aniquilación, da lugar a un estado de necesidad de formar pareja que representa la restauración del sentimiento de integridad y plenitud. En un segundo estadio el enamoramiento, da lugar a esta restauración y una reorganización de las disociaciones. Así, la formación inicial de pareja comporta un campo intersubjetivo en el que se reconstruye la identidad y se expande el Self sobre la base de pactos narcisistas con áreas de colusión en las que algunos elementos permanecen disociados.

En la evolución posterior de la pareja, estos elementos disociados re-emergen requiriendo y su elaboración e integración dentro de este campo intersubjetivo, lo que dará lugar a una actualización de los pactos narcisistas y a sucesivas expansiones de los *Sí mismos*. Como hemos visto, y muestra extensivamente la literatura sobre la clínica de la pareja, el reto principal es la integración del Eros, sin la cual la pareja queda desvitalizada y sus miembros en estado de necesidad característico de un nuevo reinicio del ciclo.

Analogía y Simbolismo del ciclo de la pareja y el ciclo natural del agua³

“All psychopathology is a failure of imagination”.

(Toda psicopatología es un fallo de imaginación)

Stephen Mitchell

La impresión que tenemos habiendo tratado de establecer un modelo general de evolución de la pareja es que, a pesar de las ilustraciones clínicas que nos devuelven a un terreno concreto, los modelos difícilmente alcanzan a incluir y reflejar la gran diversidad de casuísticas que nos consultan.

Por esta razón, y porque ya desde sus inicios el Psicoanálisis nos enseñó que el simbolismo es una vía regia a la comprensión y el desarrollo del psiquismo, exponemos en este último apartado las analogías que percibimos entre el ciclo natural del agua y el ciclo de la pareja, que ciertamente es también un ciclo natural. Cabe añadir que el simbolismo contiene elementos esenciales del psiquismo: la carga emocional y la percepción de relaciones profundas más allá de lo manifiesto.

Debemos advertir que en el texto que sigue utilizamos la polisemia del simbolismo, es decir, su capacidad para referirse a varios significados con un solo significante. Así, mientras en algunos fragmentos hacemos explícita la analogía entre el ciclo del agua y el de la pareja, en otros nos referiremos explícitamente al agua esperando que el lector complete la referencia implícita a la pareja.

El ciclo del agua y el de la pareja presenta algunas analogías generales bastante evidentes y de gran carga simbólica. Hemos expuesto una concepción de la pareja desarrollándose entre el Apego, que es asimilable a un continente, y el Eros, asimilable a algo que requiere ser contenido, tal como el agua que fluye hasta que encuentra el equilibrio dentro de un recipiente.

Los tres estados del agua, gaseoso, líquido y sólido, determinados por la temperatura y determinantes a su vez de mayor o menor estabilidad y capacidad de acomodarse a la forma de un recipiente determinado, son también fácilmente comparables a los posibles estados del amor en el continente de la pareja. Así tenemos amores en estado gaseoso e inaprensible o incluso en altas temperaturas e inestable, amores líquidos adaptables y amores sólidos, helados e incapaces de adaptación.

En el primer estadio, el calentamiento por acción del sol, produce la evaporación del agua en minúsculas partículas que irán acumulándose en pequeños volúmenes vaporosos. La analogía con el despertar adolescente es clara, ya que su separación con respecto a su origen, se produce también en forma de pequeñas emergencias inapreciables hasta que se juntan en volúmenes mayores. Curiosamente, en terminología climática, el proceso de evaporación es también denominado “sublimación”, un término bien conocido en psicoanálisis y muy pertinente para referirse a este movimiento.

Por otra parte, en este proceso de sublimación, el agua se libra de las partículas ajenas a su esencia (minerales u otras) que contenía en su lugar original. No será sino más tarde, cuando tome consistencia de nuevo y vuelva a la tierra, que volverá a incorporar elementos de este tipo, si bien no serán idénticos a los originales sino tomados del contexto en que se halle. De manera análoga, en su emancipación psíquica, el adolescente se desprovee de elementos que forman parte de su contexto (familiar) de origen, necesitará encontrar su esencia individual y, más tarde, tomará otros elementos del contexto en que se “deposite”. Los padres pueden tener fácilmente la impresión de que su adolescente “se evapora” y, algo más tarde, visto con sus grupos de amigos, tiene una consistencia desconocida para ellos.

Es remarcable también que se evaporen las capas más superficiales de las masas líquidas originarias, aquellas que están más en contacto con las condiciones ambientales y la acción del sol, símbolo de crecimiento y vitalidad por excelencia, y es igualmente remarcable que este proceso se produzca por “calentamiento”, lo que remite muy directamente a las sensaciones eróticas.

La formación de nubes por acumulación de partículas es paradigma del cambio de referencias que efectúan los adolescentes, que convierten a sus iguales, también “evaporándose”, en su polo de atracción. Esta acumulación de las partículas en gotas y en masas nubosas, encierra el simbolismo del grupo adolescente y la autonomía y consistencia que van cobrando los individuos en su seno. Igualmente, esta acumulación sugiere los procesos de intersubjetivación, en los que la interacción produce una solidificación de lo que inicialmente son vagos sentimientos de sí mismo, cual micropartículas aún etéreas.

Un elemento fundamental en todo proceso de transformación es el “viaje” o cambio de ubicación, una constante que observaremos en cada uno de los estadios. En este primer estadio, el traslado de las pequeñas nubes por el impulso del viento, sugiere la receptividad adolescente a las corrientes culturales de su tiempo y su paso por distintos escenarios. Como ya hemos dicho, al inicio del “viaje” el agua, como el adolescente, se desprovee de los elementos “pesados” (minerales) de su contexto original y al final del viaje, tomará otros elementos minerales, esta vez del contexto donde se ha depositado.

El segundo estadio del ciclo del agua es denominado “de condensación y precipitación”. Las nubes continúan su viaje y aumentando su entidad en múltiples interacciones con otras nubes con resultados diversos. Es remarcable la analogía entre la diversidad de formas que adquieren las formaciones nubosas según las condiciones climáticas y su composición interna y las formas de las parejas: unas extremadamente frágiles y a punto de disolución por los embates del viento, otras cargadas de electricidad y prontas a los choques tormentosos, otras aún formando grandes volúmenes en plácidos y solemnes desplazamientos.

La electricidad, con sus polos negativo y positivo sugieren la tensión entre el Apego y el Eros que hemos venido reflejando y que, según nuestra hipótesis, determina que la pareja continúe unida y expandiéndose o bien disolviéndose en una “precipitación”, término nuevamente muy sugerente de las parejas que no pueden contener esta tensión.

Sea como sea, el destino final de las formaciones nubosas es ciertamente la precipitación, en

la cual podemos advertir la analogía con el componente agresivo del Eros. La cuestión es aquí si este componente ha sido suficientemente integrado y ha permitido un crecimiento (o volumen, ya que estamos refiriéndonos simultáneamente a las parejas y a las nubes) que de paso a una lluvia fructífera que revitalice la tierra, o por el contrario, esta electricidad o tensión provoca tormentas (siguiendo con la analogía con la pareja) de efectos destructivos.

El tercer estadio del ciclo del agua es la formación de cursos fluviales que van confluyendo y expandiéndose a medida que discurren por el territorio, fructificándolo, hasta que finalmente forman grandes masas acuáticas en las que recomenzará el ciclo. Nuevamente es clara la analogía con el tercer estadio de la pareja, en el que, si la evolución es sana, los *selves* se expanden en su paso a través de los ciclos vitales, enriqueciéndose internamente, fructificando los entornos con los que se relaciona y dando lugar a nuevos inicios de ciclo, con nuevas evaporaciones o emancipaciones adolescentes.

Estos cursos fluviales se inician a menudo con pequeños torrentes en las cumbres agrestes, donde el frío precipita la condensación. Aquí la analogía con la pareja sugiere que los individuos se agrupan, se “apegan”, por la hostilidad del entorno o la dureza de la vida en solitario. Estos pequeños torrentes tienen comienzos vivaces pero frágiles e inciertos, como una pareja recién formada, e irán expandiéndose con múltiples aportaciones hasta llegar a lugares en los que aposentarse más establemente. También son sugerentes los cursos subterráneos que afloran finalmente a la superficie ya que guardan analogía con las emergencias inconscientes que pueden resultar enriquecedoras.

Finalmente, también existen distintos tipos de cursos, unos tortuosos, que discurren por terrenos accidentados, otros que deben salvar obstáculos estancándose antes de acumular suficiente masa para superarlos y otros aún donde pueden quedar definitivamente estancados e interrumpir el ciclo.

Si, como dijo Stephen Mitchell, todas las patologías son un fallo de la imaginación, no será suficiente con la escucha atenta y la comprensión de la evolución que siguen las parejas. Será necesario también que en nuestra relación hallen elementos que estimulen su imaginación e incorporen a su subjetividad.

REFERENCIAS

- Aberastury, A. y Knobel, M. (1968). *La adolescencia normal*. Barcelona: Ed. Paidós, 1984.
- Ávila, A. (2011). La reconstrucción de Ferran: del Self “provisional” al “explorador”. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (2). 331-338
- Berenstein, I. y Puget, J. (1990). Nuevas aportaciones al psicoanálisis de pareja y familia. *Terapia familiar*, 13 (20), 9-18. (3)
- Blos, P. (1962). El segundo proceso de individuación. En *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu, 1967.
- Bowlby, J (1951). *Maternal Care and Mental Health*, World Health Organization. WHO

Monograph Series, Nº 2. Geneva: WHO.

- Bowlby, J (1969). *Attachment and Loss, Vol. 1: Attachment*. London: Hogarth Press.
- Boston Change Process Study Group (2007). The foundational level of psychodynamic meaning: Implicit process in relation to conflict, defence and the dynamic unconscious. *International Journal of Psychoanalysis* 2007; 88:1-16.
- Coderch, J. (2010). *La práctica de la psicoterapia relacional*. Madrid: Ágora relacional.
- Eiguer, A. (2006). Por un psicoanálisis familiar recreativo. *Psicoanálisis y Intersubjetividad*, 1. Originalmente publicado en *Le divan familial*, 16. Paris.
- Family Discussion Bureau, (1962). *The marital relationship as a focus for casework*. London: Codicot Press.
- Fonagy, P: (2001). *Teoría del Apego y Psicoanálisis*. Barcelona: Ed Espaxs, 2004
- Fonagy, P.; Gergely, G. Jurist, E.L.; Target, M. (2002). *Affect regulation, mentalisation and the development of the self*. Other Press. New York. Ver reseña de Paloma Bermejo en "La regulación afectiva, la mentalización y el desarrollo del self". *Aperturas Psicoanalíticas*, nº 30.
- Font, J. (1994). Psicopatología de la pareja. En Bobé, A. y Perez Testor, C. *Conflictos de pareja: diagnóstico y tratamiento*. Barcelona: Fundació Vidal i Barraquer, 1994.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Gurman, A.S.; Fraenkel, P. (2002) The history of couple therapy: a millennial review. *Family Process*, Vol. 41 No. 2 Pg. 199
- Käes, R. (1991). *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M.. (1955). Sobre la identificación. *Obras Completas*, VI. Buenos Aires: Paidós Hormé.
- Klein, M. y Riviere, J. (1955). Amor, odio y reparación. *Obras Completas*, VI. Buenos Aires: Paidós Hormé.
- Llovet, P. (2010). Un caso de angustia relacional. Una intervención focal en un caso de somatización derivado por la Atención Primaria. *Clínica e Investigación Relacional*, 4 (2). 410-418.
- Llovet, P. (2011). The Couple and the Family as Relational Complex Adaptive Systems. Theoretical and methodological proposal. *International Review of the Psychonalysis of the Couple and Family, AIPCF*. Pendiente de publicación.
- Lyons–Ruth, K. (2003). La interfaz entre apego y la intersubjetividad: perspectiva desde el estudio longitudinal de apego desorganizado. *Aperturas psicoanalíticas*, n. 29, 2008.
- Lyons–Ruth, K. (2011). Rosa y Ferran: algo curioso sucedió en el camino hacia una interpretación transformadora. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (2). 339-347
- Marrone, M. (2001). *La Teoría del apego, un enfoque actual*. Madrid: Editorial Psimática
- Nicoló, A.M. (2010). The paradoxical relationship of the two sides of passion: between creativity and destruction.

- Piaget, J. (1967). *Biología y Conocimiento*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 1969.
- Riera, R. (2010). *La connexió emocional*. Barcelona: Octaedro
- Slavin, M.O. y Kriegman, D. (1992). *The adaptive design of the human psyche. Psychoanalysis, evolutionary biology, and the therapeutic process*. New York: The Guilford Press.
- Slavin, M.O. (2006). Tanya and the Adaptive Dialectic of Romantic Passion and Secure Attachment. *Psychoanalytic Dialogues*, 16 (6): 793-824, 2006.
- Stolorow, R. D. y Atwood, G.E. (1992). *Los contextos del ser*. Barcelona: Herder, 2004.
- Velasco, R. (2011). Un proceso analítico en clave relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (2).317-329.
- Willi, J. (1978). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata.

Original recibido con fecha: 27-9-2011 Revisado: 30-1-2012 Aceptado para publicación: 20-2-2012

NOTAS

¹ Este artículo desarrolla algunos aspectos de la Comunicación presentada en la IX Conferencia Anual de IARPP 2011 en Madrid.

² Licenciado en Filosofía y Letras, Sección Psicología. Universidad de Barcelona, 1975. Licenciado y Diplomado de Post grado en Psicología Clínica. Universidad de Ginebra, 1979. Ha trabajado en servicios de Salud Mental Infantil y Adolescente y de Adultos en Ginebra y Barcelona y otros servicios relacionados. Ex fundador, Miembro de Pleno Derecho y Vocal Científico de la Asociación Catalana de Psicoterapia Psicoanalítica (ACPP). Delegado de la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapia (FEAP). Delegado de la Sección de Pareja y Familia de la European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy (EFPP). Miembro de IARPP España. Dirección de contacto: Josep Tarradellas, 132, 2º 2ª - 08029 Barcelona. Telfs.: 93 430 20 64 / 651 19 64 46. Dirección electrónica: perellovet@telefonica.net

³ En la presentación de la comunicación este apartado era tan solo una diapositiva. No obstante, el interés de los asistentes a la presentación, especialmente por su vertiente simbólica e incluso poética, nos ha estimulado a darle este mayor desarrollo.